

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

## LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.

El año pasado por estos dias la apertura del concilio del Vaticano parecia anunciar al mundo el mismo lema que los ángeles en el nacimiento de Jesus; en este empero los sagrados cánticos de la mas alegre de las fiestas coinciden con el estruendo de las batallas y con presagios de trastorno universal. *Gloria á Dios!* he aquí una aclamacion que se cumple y se cumplirá perennemente, en cualquier evento sea, porque Dios es glorificado en la agitacion como en el sosiego, en las persecuciones como en los triunfos de su Iglesia; pero *paz á los hombres!* no hay que esperarla mientras estén en guerra con su Creador; no está prometida sino á los de *buena voluntad*.

Qué mudanza en el trascurso de un año, por mas que el último en su ocaso distara mucho de presentarse ni sereno ni bonancible! La autoridad espiritual en su mas alta representacion trataba de afianzar, dirigiéndose á las conciencias, el orden y el reposo temporal sobre los mismos principios que guian la humanidad á sus destinos eternos; mientras que el poder civil en el apogeo de su belicosa fuerza y espléndida cultura, alhagando para sostenerse todas las concupiscencias y ambiciones, desdeñaba presuntuoso el apoyo de aquella, ú oponia mil desconfiadas restricciones á su influjo saludable. A las sociedades y á los gobiernos les ha faltado la *buena vo-*

*luntad* para aceptar el remedio imprescindible; y la guerra mas ó menos sorda que contra la Iglesia mantenian, ha estallado de pronto entre ellos terriblemente. Un trono y de los mas excelsos se ha hundido; Dios sabe cuántos le seguirán; pero á su ruina no sobrevive aquella soberanía inmortal que se cierne sobre el pontífice, hoy prisionero, mañana desterrado, y que mas eficaz é incontrastable se siente cuanto mas desnuda de insignias y destituida de recurso humano.

La paz! no la recobrarán sólida y duradera los estados mientras la funden en equilibrados intereses, en colosales armamentos, en recíprocas concesiones, en la sancion de los despojos consumados, en el abandono del débil y oprimido, mientras no la busquen en la verdadera política cristiana, en el culto del derecho, en el respeto á la justicia, en la moral pública que es ni mas ni menos que la privada. Si son impotentes las mediaciones para contener la interminable carnicería, si no aciertan los congresos á desenredar la madeja, si las alianzas por mas que se titulen *santas* no llegan á consolidar un arreglo permanente, es que se inspiran en los cálculos mas que en los sentimientos, es que atienden á su provecho mas bien que á la equidad, es que confían en las artes diplomáticas mas que en los eternos principios morales, es que carecen de *buena voluntad* en una palabra.

La paz! no la procurarán los partidos á la nacion que pretenden hacer grande y ventu-

rosa, ni la obtendrán para asegurarse en el poder una vez alcanzado; porque el sistema, el exclusivismo, el estrecho compadrazgo sofoca en ellos el afecto y hasta la idea de patria, porque á su sed de mando y á su codiciosa explotación sacrifican la dicha, la honra y hasta la independencia del país, porque no están animados de *buena voluntad* sus propósitos y sus esfuerzos.

Y si todos en balde suspiramos por paz, es que cada uno, individuo por individuo, no traemos á la colectividad la *buena voluntad*, la recta intención, el personal desprendimiento que se requiere para el triunfo del bien y de la justicia. No hay que confundir la voluntad con el deseo: «esta generación, ha dicho un profundo pensador, *desea* inmensamente, pero *quiere* débilmente.» Buenos deseos abundan, vagos, inertes, hasta egoistas; pero escasea la *buena voluntad*, acompañada de las tres circunstancias indispensables para hacerla fecunda, actividad, firmeza, abnegación. ¿Queremos la paz? pues es preciso antes cooperar al establecimiento de la justicia, de la cual solo puede derivar la paz verdadera. *Et erit opus justitiæ pax.*

J. M. Q.

## LA CIVILIZACION Y LA GUERRA.

### III.

Puerilidad, cuando mas dura calificación no merezca, es el empeño de atribuir á los monarcas la explosión de las guerras que tantos perjuicios traen á las naciones. Como si estas, tomadas en su conjunto, estuviesen limpias de toda culpa, quiérese que sobre aquellos gravite exclusivamente la responsabilidad de la sangre derramada. Así se trata de hacerles objeto de la pública animadversión, suponiéndoles investidos de un poder imaginario, ni mas ni menos que si la naturaleza les hubiese dotado de una fuerza física suficiente para arrastrar al matadero á millares de hombres como si fuesen rebaños de mansas ovejas.

Los que mal avenidos con la organización de antiguas sociedades se han propuesto arrancarlas de su secular asiento, para allegar prosélitos de sus teorías y desacreditar veneradas instituciones, no reparan en acudir al absurdo, con tal que este proporcione un tema á sus calorosas invectivas. Nunca ha podido existir un régimen tan fieramente despótico en que la sola voluntad del soberano bastase para anular por completo el libre albedrío de todos sus vasallos. Nunca ha sido la obediencia tan ciega, ni la sumisión tan resignada, ni la lealtad tan meticulosa, que no supiese ó no pudiese hallar un medio de manifestar respetuosamente al monarca su desacuerdo con la voluntad unánime de sus pueblos. Nunca un rey ha podido ser reo de lesa-nación sin contar con la complicidad tácita ó expresa de una buena parte de esta nación misma, que expía con desastres lo que pecara con serviles complacencias y desalentadas ambiciones. Y si esto no pudo acaecer en los tiempos antiguos, ¿cómo sería posible en los modernos, cuando la iniciativa de los reyes tropieza con tantos obstáculos, y su voluntad se halla detenida por tantos contrapesos? ¿Qué autócrata, el mas imbuido en la grandeza de sus derechos y en la inviolabilidad de sus atribuciones, se atrevería á declarar y llevar adelante una guerra injusta, si desde luego sus consejeros le demostrasen lo infundado de sus pretensiones, sus ministros dimitiesen, sus palaciegos se eclipsasen, los funcionarios públicos renunciasen sus destinos, lloviesen esposiciones de todas partes, y hasta los generales y gefes de la milicia dejasen el bastón de mando, envainasen la espada y se echasen al hombro el fusil del soldado? ¿Cómo se atrevería, si en la tribuna y en la prensa, en los salones de palacio y en los del consejo, no oyese resonar mas que el lenguaje de la razón y de la justicia desnudo de pasión y de miras ulteriores? ¿Qué fuerza humana bastaría para romper la valla de una resistencia así, que tuviera tanto de compacta como de respetuosa?

Nación que, sin detrimento del orden ni de la lealtad, estos medios no ha ensayado, ¿có-

mo podrá decir que se ve lanzada á la guerra contra su voluntad ó sin su consentimiento? Si los que pueden y deben hacerlo no han formulado una protesta irreprehensible en sus frases é irrefutable en sus conceptos, ¿cómo podrán decir que se ven arrastrados por un impulso superior, cuya principal fuerza nace de su inercia ó de su silencio? ¿Por ventura no hay términos entre la teoría que prescribiese una servil obediencia á cualesquiera caprichos del soberano, y la abominable teoría que santifica el mal llamado derecho de insurrección? ¿No ha de poderse hallar algo razonable entre dos absurdos diametralmente opuestos?

Sea débil ó poderosa la nación que se encuentra en vísperas de esos terribles acontecimientos que sirven para aumentar las páginas de su historia, pocas veces faltará una parte integrante, una parte muy numerosa que no vea con espanto los amagos de la tempestad que va á descargar sobre su cabeza. Para las personas que componen esta parte la guerra tiene una fisonomía enteramente repulsiva, y no hay antifaz que pueda velarla: no la quieren aunque sea justa, aunque sea necesaria, aunque haya de reportar á su patria ventajas políticas de incalculable trascendencia. Pero estos partidarios de la paz á todo trance suelen ser los que pasan sus días en las condiciones de una existencia oscura y laboriosa, los que ningún papel representan, ó á lo mas el de comparsas, en los pequeños dramas de la vida social, los que carecen de todo poder y valimiento para torcer el curso de las ideas que forman lo que se llama pública opinion. Si su voto, en los casos en que fuese razonable, estuviese firmemente apoyado por los funcionarios públicos, por los altos dignatarios, por las aristocracias del nacimiento, del saber y de la riqueza, por todos los que componen la parte visible de la nación, la parte que influye en sus destinos, la parte que tiene voluntad propia y recursos para expresarla, ¿cómo un soberano, aislado en medio de esta poderosa corriente, osaría embestir para llevar adelante la realización de su desatentado capricho?

Rechazar la fuerza con la fuerza, oponerse con las armas en la mano á una agresión repentina é injustificada, á un ataque de bandoleros organizados y que se cuentan por centenas de millares, este no es el caso de que tratamos; pero fuera de estos hay muchos otros en que las naciones quieren la guerra, por mas que á los ojos de la fria razon ni exista legítima causa, ni las ventajas que se pretenden basten á compensar los males que no pueden menos de seguirse. Para dudar de esa asercion seria preciso desconocer los mas recientes sucesos de la historia contemporánea. No estalló la guerra franco-prusiana para satisfacer únicamente las miras personales de dos soberanos, para asegurar los intereses de sus dinastías, para dar suelta á su comprimida ambicion ó á su lastimado orgullo. Ellos podian ser los primeros, mas no eran los únicos que deseaban la guerra: de este malévolos deseo participaban millares y millones de sus respectivos subordinados. Francia y Prusia querian la guerra, porque la rivalidad no era de rey á rey sino de nación á nación. Ambas la habian esperado con impaciencia, y saludaron con mal encubierto gozo el primer cañonazo, que les pareció el toque de la hora señalada en el reloj de la Providencia para llegar á la realización de sus ardientes aspiraciones. Un soplo hubiera desvanecido los especiosos pretextos de ese conflicto; pero preferian á este soplo el aliento de la muerte que habia de dejar helados á innumerables compatriotas y compañeros de armas. Entre los oscuros pliegues del porvenir veian, como dibujados con luminosas ráfagas, el engrandecimiento territorial, la supremacía europea, la omnipotencia militar y política; para alcanzar estos fantásticos objetos no les arredró su único camino, cubierto de un lodo amasado con lágrimas y sangre y polvo de escombros y ruinas.

La guerra es hija de la intensidad ó de la exaltacion de las pasiones humanas, y de estas participan las naciones y los pueblos como seres colectivos. La entidad moral es la representación de los principales rasgos que forman el carácter, ó de los afectos que suelen pre-

ponderar en el ánimo de sus individuos. Así una nación es altanera ó codiciosa, vengativa ó susceptible, según las cualidades que más ó menos predominio ejercen en sus habitantes. Mal podrían pues la política y la diplomacia contener los impulsos de las naciones hácia la guerra, no contribuyendo á domeñar los aviesos instintos del hombre que escitan á la guerra. Para dirigir el movimiento de una máquina no hay como apoderarse del manubrio que la hace dar vueltas: para ahogar el germen de las guerras no hay como levantar el nivel moral de las naciones. Pero la sola moral que podría obrar este milagro, es la severa y precisa del cristianismo, la que prescribe la humildad y el desinterés, el perdón de los agravios y el amor á todos los hombres como hermanos, por ser todos hechuras del mismo criador y precio de una misma sangre divina. Y ¿cómo se conduce para llegar á este resultado una civilización, que si no trata de suprimir por completo la idea de Dios, hace locos esfuerzos para arrancar la humanidad á su tutela, y si no rehusa á Jesucristo los honores de filósofo le niega su cualidad de Dios verdadero? ¿Cómo se conduce esta civilización que quiere á toda costa prescindir de la moral divina, y no sabe encontrar una moral fija, obligatoria y determinada? que no sabe en qué principios apoyarla ni con qué sanción robustecerla? que no tiene contra las pasiones más barrera que los tratados de higiene ó los artículos del código penal? que no pasa de analizarlas con su filosofía, las trae en continua agitación con su política, y se atreve á santificarlas con su literatura?

Los partidarios de ciertas utopías creen ó aparentan creer, que proclamando la fraternidad de los pueblos, liberrarán para siempre á la humanidad del azote con que á veces la justicia divina duramente la golpea. Como si estuviese en el arbitrio del hombre arrancar el látigo á su mano poderosa! La fraternidad por ellos proclamada no es más que una voz eufónica, que resonará tan fuertemente como se quiera en el espacio, pero que en el espacio se perderá como el canto del ruiseñor ó como el relincho del caballo. La fraternidad

humana es una quimera si no procede directamente de la paternidad divina: es cuando más un corolario de las observaciones anatómicas, una enseñanza que se desprende de los tratados de historia natural. Y aun así la ciencia, que no repara en aberraciones á trueque de contrariar los dogmas del cristianismo, pondrá en duda ó tal vez negará la unidad de la raza humana, y no sabemos si su fraternidad habrá de ser igual á la que reina entre lobos y mastines, ó podrá estenderse hasta la de los tigres y leones. Trabajo perdido el de predicar la fraternidad á los pueblos, si antes no se siembra este sentimiento en el corazón de los individuos; y para que este sentimiento sea verdadero, es preciso de toda precisión que sea religioso, que reconozca en la criatura inteligente su filiación de una inteligencia increada, de un Dios personal, pródigo, remunerador, que exige un culto público y una religión positiva. Sin estas condiciones la fraternidad tan cacareada no es más que una palabra hueca, una vaguedad filosófica, un sentimiento elástico, que hoy deberá unir á los pueblos que abrigán unas mismas aspiraciones y unos mismos intereses, y si mañana entra la discordia, tendrá que desaparecer por cualquiera diferencia de raza, de nacionalidad y hasta de partido. Y para buscar ejemplos que confirmen estas verdades no se necesita andar largo trecho. Hablad á los republicanos franceses de fraternidad respecto á los prusianos; y si no lo toman á ultraje, si la cólera no les ciega, contestarán haciendo sutiles distinciones entre la raza germánica y la latina, manifestando la necesidad de levantar el espíritu público, afirmando que la fraternidad debe ceder ante el patriotismo: contestarán que han cerrado el libro de sus doctrinas. Pues, ¿quiénes han espresado un odio más violento, quiénes han vomitado más horribles imprecaciones, quiénes han predicado una guerra de esterminio, con más furor que los mismos que tanto ensalzaban y encañaban la fraternidad de los pueblos?

El gran obstáculo que la civilización ha levantado para impedir la frecuencia de la guerra ha sido, no la propagación de sanas doc-

trinas, sino el colosal desenvolvimiento de los intereses materiales. La agricultura y el comercio, las artes y la industria necesitan el tibio calor de una atmósfera pacífica; y la violenta sacudida que imprime la guerra á las sociedades, trastorna y destruye esos elementos de su prosperidad. Ha hecho también contagiosa la sed del oro, pero sed que no se mitiga ni aun con inmensas riquezas; y como el capital es de suyo receloso, al presentirse los amagos de una guerra, bolsistas, industriales y comerciantes hacen cuantos esfuerzos están en su mano para conjurar el peligro. Así sucede que á veces la avaricia se convierte en escollo de la ambición y del orgullo. Pero el interés es un mal lazo para unir naciones; y si alguna vez ha servido para evitar guerras, también otras veces podrá servir para provocarlas. Los pueblos hoy bien avenidos por un interés recíproco, mañana se encontrarán dispuestos á destrozarse mutuamente por intereses encontrados, y la codicia no querrá cejar, como antes la ambición no cejaba. La sed del oro despierta la sed de sangre: la civilización destruye con una mano lo que con la otra edifica. La balanza mercantil será la norma de los diplomáticos y el consejero de los reyes, y nunca faltarán especiosas razones para colorear la verdadera causa de los conflictos. Ninguna nación dirá nunca: *me bastan mis riquezas*, como ninguna ha dicho nunca: *me bastan mi extensión y mi poderío*; y la que no declararía la guerra á su rival para despojarla de una provincia ó desmantelarle una fortaleza, se la declarará para arrebatárle un mercado en que dar salida á sus manufacturas y á la exuberancia de sus productos industriales. Triste condición la de la humanidad! Los pueblos salvajes hacen la guerra para apropiarse el fruto de un árbol ó la caza de un bosque, los señores feudales la hacían para apoderarse de un castillo, las monarquías para engrandecer su territorio: se acude á la guerra para hacer triunfar principios políticos, y se acudirá para asegurar lucrativas y mercantiles especulaciones. ¿Quién sabe si llegará el día en que una nación adelantada en industria declarará la guerra á

otra muy atrasada pero muy provista de metálico, con el objeto de venderle por bajo cuerda los pertrechos y municiones, los fusiles y ametralladoras de que habrá de servirse en los combates?

T. AGUILÓ.

### LA NOCHE DE NAVIDAD

TRADUCCION DE UNA BALADA BRETONA (\*).

Hay una noche en el año  
En que no duerme el rebaño,  
En que en torno del hogar  
En divertida vigilia  
Oye unida la familia  
La nevisca gotear.  
Todo el que de yerba vive  
Lenguaje humano recibe,  
Y en voz que nadie percibe  
Suele arcanos murmurar.

Aquesta noche sombría,  
Es la noche en que nacia  
Jesucristo á padecer;  
En que hay misa en los altares,  
Y parecen los pilares  
En la oscuridad crecer.  
Los bueyes con sus mugidos,  
En su pesebre tendidos,  
Forman los nombres temidos  
De los que han de fenecer.

Arzur, padre de María  
La de la frente sombría,  
Cuyos ojos dan pavor,  
Ya sabeis... la loca esquiva,  
Siempre flaca y pensativa,  
Que enloqueció de dolor;  
Bajó á media noche un año  
Para oír á su rebaño:  
Ah! curioso por tu daño  
Fuiste tú, pobre pastor!

De manchada piel la vaca  
Fué quien en la noche opaca  
El coloquio comenzó.  
Tenia su acento hueco  
Repetido por el eco  
Un sonido que le heló.  
«Mortales, afuera, dijo,  
Si amais el vivir prolijo!»  
Por turno de arriba fijo  
Cada cual en pos habló.

(\*) Esta composición fantástica, mas bien que de carácter religioso, debe considerarse simplemente bajo el aspecto literario que presta interés y poesía á las leyendas y supersticiones populares.

Y el buey dijo con voz lenta  
A la vaca cenicienta  
Que á su lado oyó rumiarse:  
«Segun brilla ya la luna,  
Hermana, sin duda alguna  
Media noche va á llegar —  
—Media noche suena, hermano,  
Percibo el temblor cercano,  
Mas... otro rumor profano  
Allá fuera oigo sonar.»

«Son pasos, la roja dijo,  
Del boyero del cortijo,  
De Arzur que atisbando está;  
Que en la iglesia de la aldea  
En hombros, sin que él lo vea,  
El primerito entrará.»—  
Y el buey sigue: «el juéves de esa  
Llevarémosle á la huesa;  
Mucho, hermano, segun pesa  
Que tirar del carro habrá.»

A la vaca gris decia  
El becerro: «madre mia,  
Oigo ruido siempre mas.  
Es Arzur, ella responde,  
Que huyendo, huyendo se esconde,  
Y la muerte va detrás.»  
Trás ellos, segun colijo,  
La vaca negra de fijo  
Debió hablar: mas lo que dijo  
Nadie lo supo jamás.

Mas vino el segundo día,  
Y cumplió la profecía...  
Oid, curiosos, y temblad!  
Y Arzur ay! como un maldito,  
Sin sacramentos, sin rito,  
Espiraba en soledad,  
Sobre todo el emisferio.  
El día dá al hombre imperio:  
Mas la noche es del misterio;  
Lo nocturno respetad. J. M. Q.

## CRÓNICA.

En el viaje que hizo el arzobispo de Posen al cuartel general prusiano de Versalles, donde fué perfectamente recibido y tuvo varias conferencias con el rey Guillermo, le llevó este elocuente y enérgico mensaje de parte suya y de otros obispos:

«SEÑOR:

El magnánimo sentimiento de justicia que anima á V. M., los benévolos cuidados que habeis consagrado á asegurar la tranquilidad de las conciencias de vuestros fieles súbditos, para que su bien supremo, la religion, no sea turbado por estraña violencia, las palabras verdaderamente régias con las cuales en 13 de noviembre de 1867 aliviásteis el corazon profundamente afligido de los católicos, alientan á los infrascritos á deponer humilde y encarecidamente un ruego, en su nombre y en el de todos los creyentes de su diócesis, en las gradas de vuestro alto trono, ahora que los intereses de nuestra Iglesia y de nuestra fé están vivamente ofendidos.

El gobierno italiano, arrastrado por la revolucion ó sirviéndose de ella, ha quitado violentamente al papa los últimos restos de su dominio temporal; ha conquistado la capital del orbe católico y derribado al sumo pontífice de su trono, en el cual reinó por espacio de once siglos: trono que el poderoso brazo de los emperadores alemanes, de los Otones, de los Enriques, de los Federicos, no ha dejado jamás de proteger y sostener, en tiempos de grandes turbulencias y cambios, por el interés del bienestar universal.

Los estados de la Iglesia que por tantos siglos fueron sostenidos con la sangre y el dinero de toda la cristiandad, para defender del humano arbitrio la independendencia de aquel que con plenos poderes divinos rige las conciencias, son propiedad del cristianismo; y á nadie es lícito, sin ofender abiertamente los derechos de 200 millones de católicos esparcidos por todo el mundo, poner la mano sobre esta propiedad.

Pio IX, nuestro padre y pastor espiritual, despues de haber perdido su reino, está en la imposibilidad de ejercer las obligaciones de su mision; y nosotros, por cuya salvacion Dios le ha concedido en la Iglesia el poder y la fuerza, nos vemos despojados de nuestra justa participacion en estos bienes espirituales.

Y no menos grande es nuestro dolor por el pernicioso influjo que la violencia empleada en Roma ejercerá sobre el orden moral, civil y social, tanto mas cuanto que este se halla ya muy amenazado por los principios ampliamente difundidos de la impiedad.

La conciencia pública de lo justo ha recibido en Roma una gran herida, y el principio monárquico especialmente ha sido profundamente sacudido; de manera que nos será muy difícil inculcar en el pueblo el respeto de lo que es venerable y sagrado, mientras vea en Roma conculcados estos bienes supremos por los italianos, y permanecer impune el abuso de la fuerza.

A los decretos de la divina Providencia plugo hacer que todo el mundo admire y reconozca el poder de vuestro brazo y el peso de vuestra palabra.

Plazca pues á V. M. emplear este poder en defensa de nuestros derechos, y obligar al gobierno italiano á restituir lo que no es propiedad de los italianos, sino de los católicos. Y puesto que Dios ha confiado á V. M. la proteccion y defensa de tantos millones de católicos como viven bajo vuestro glorioso cetro, complaceos en intervenir magnánimamente por nosotros y por todos nuestros correligionarios, para que podamos bendecir en paz el brazo del poderoso que ha librado á nuestro santo padre de sus angustias, y nos sea dado alabar al magnánimo rey que ha vengado la ofendida majestad del rey abandonado.

Con el mas profundo respeto nos declaramos

De V. M. devotísimos:

(Siguen las firmas de los obispos de Posen, Gnesen y Culen y de sus respectivos cabildos.)

Posen, Gnesen y Culen, 27 de octubre de 1870.»

Las palabras del rey á que se refiere el mensaje fueron pronunciadas en la apertura del parlamento de 1867, y son las siguientes: «*Mi gobierno dirigirá sus esfuerzos á dar satisfaccion AL DERECHO que tienen mis súbditos católicos á mi solicitud por la conservacion de la dignidad y de la independendencia del jefe supremo de su Iglesia.*»

Leemos en una correspondencia de Roma:

«Acaba de llegar el secretario del arzobispo de Posen, que se habia trasladado á Versalles para conferenciar con el rey de Prusia (de quien es amigo íntimo) y con el canciller de la confederacion de la Alemania del norte sobre la cuestion romana. Dicho secretario trae comunicaciones importantísimas de parte del rey Guillermo y del conde de Bismark. Ignoro cuales sean estas comunicaciones, pero segun me aseguran personas que están en grado de saberlo, parece que prometen de una manera nada equívoca intervenir aunque sea con la fuerza para restablecer el trono pontificio. En cambio invocarian los buenos oficios del padre santo para pacificar á Francia, cuya resistencia no puede ya conducir mas que á un inútil derramamiento de sangre.

El hecho mas notable de las presentes elecciones ha sido la abstencion de los católicos. Por esto ha sido tan poca la concurrencia á las urnas. En Roma, de unos 8.000 inscritos solo han votado 1.866. Algunos preguntan y con razon, que dónde están los 40.000 romanos que votaron en el plebiscito para la anexion al reino de Italia.

La misma frialdad se ha notado en toda la península; apenas han votado una cuarta parte de los electores. Y así vemos diputados elegidos por 473 votos en colegios electorales de 2.924. De manera que si la ley exigiera para una eleccion tan solo la tercera parte de los votos, apenas habria sido elegido un diputado al parlamento. ¡Y luego vendrán cacareando con que es la legitima representacion del país!

En proporcion inversa de la abstencion ha sido el entusiasmo de los romanos en los numerosos mensajes firmados por millares de personas y acompañados de ofrendas que todos los dias se están presentando al padre santo. Tambien se hacen notar en las multiplicadas suscripciones en favor de los heridos del disuelto ejército pontificio. Otra suscripcion han iniciado para hacer un monograma de Jesus en oro macizo, que se colocará en el altar mayor de la iglesia de los padres jesuitas, como una reparacion dada por el pueblo romano por la destruccion de los que habia en las dos puertas principales del colegio romano.

Y ya que hablo de destruccion, añadiré que se está derribando el Via-crucis que hay alrededor del hemiciclo del anfiteatro Flavio, hemiciclo que el viajero católico mira como sagrado por estar regado con la sangre de innumerables mártires. Y el anfiteatro, el grandioso monumento de la Roma de los emperadores, será convertido en una... caballeriza.

Igual suerte le ha tocado al magnífico claustro de la Cartuja, levantado por Buonarrotti en las *Termas de Diocleciano*, donde hace pocos meses admiramos la exposicion de objetos de arte para el culto católico. Y lo mismo que con estos hacen con los demás monumentos antiguos y modernos de la ciudad eterna.

Despues de todo, no debe maravillarnos esta conducta de nuestros gobernantes. Ignorantes como son, no saben lo que se hacen. En prueba de lo cual indicaré solamente lo que hace pocos dias sucedió con el ministro de instruccion pública y bellas artes, Sr. Correnti, cuando vino á la inauguracion del curso universitario.

Habiéndose dignado hacer una visita á la academia artística de San Lucas, se le presentó como objeto digno de su ilustrado exámen el yeso del frontispicio del Partenon, regalo del museo británico, de que Roma se precia justamente. Su escelencia, despues de haberle examinado, dijo que aquello no era mas que una *antigualla*. Cuando el ministro de instruccion pública y bellas artes del reino de Italia califica de este modo los restos del monumento mas insigne de la arquitectura griega, no debe maravillarnos que se estén cometiendo en Roma tantos actos de vandalismo.»

Otra dirigida á la *Convicción* contiene lo siguiente:

«Las profanaciones artísticas están en esta á la órden del día. El liberal gobierno que nos rige quiere dar al traste con todos los recuerdos, con todas las tradiciones de la Roma católica. Los vándalos modernos no se contentan con destruir.

Los magníficos conventos de San Ignacio, de la Minerva y de San Silvestre sirven de cuartel á los soldados del ejército italiano, y de almacén para guardar armas. Además asegúrase que el estado trata de incautarse del magnífico museo del Vaticano, «que es, al decir de *La Capitale*, propiedad de Italia, y no una pertenencia particular del *Obispo de Roma*». Se comprende que periódicos como *La Capitale*, que anda hácia las pendientes de la revolucion, no por la posta, ni por el ferro-carril, sino por el telégrafo, se apresure á señalar al gobierno las propiedades que le pertenecen.

*La Capitale* y sus correligionarios en la prensa no cesan de insultar al papa, de prodigarle los dicterios mas denigrantes y de inferirle cada dia nuevas injurias. Pero en el Vaticano se desprecian tan miserables ataques, y se ruega á Dios por los desdichados opresores de Pio IX.

Mientras los *italianos* hacen gala de despreciar al inmortal vicario de Jesucristo, extranjeros venidos de todos los

puntos del orbe se apresuran á visitar al prisionero de Víctor Manuel, se apresuran á prodigarle los consuelos que su triste situacion reclama. Ya le hablé á V. en mi anterior de la deferencia con que tratan al augusto pontífice los diplomáticos de la Europa, de las innumerables visitas que recibe, de las cartas y de las ofertas que cada dia le llegan. Sin ir mas léjos, ayer fueron al Vaticano dos nobles japoneses, recientemente llegados á esta ciudad, para humillarse ante Pio IX, cuyo nombre, dijeron, es venerado hasta en el Japon.

Esto no obstante, su santidad no se hace ilusion ninguna. Comprende que el socorro solo le puede venir del cielo; comprende que las naciones europeas, liberalizadas y corrompidas en su mayor parte, ningun auxilio le prestarán; las unas porque no quieren, las otras porque no pueden. Francia está despedazada, víctima de las armas extranjeras y de los furros demagogos; Inglaterra solo piensa en satisfacer las aspiraciones de su egoista política; el gobierno de España acaba de regalar una corona que no le pertenece á un hijo del verdugo del catolicismo, á un hijo de esa raza de vivoras que se llama la casa de Saboya; Austria está en poder del racionalista conde de Beust, del que rompió el concordato con la santa sede; y Prusia y Rusia que pudieran tender una mano protectora al sucesor de S. Pedro, no pertenecen por desgracia al gremio católico. Pio IX lo sabe bien, y espera no obstante el dia del triunfo. Víctor Manuel puede cuando guste manchar con su presencia la ciudad de los apóstoles. El Capitolio no dista de la roca Tarpeya. Pero ¿vendrá el rey del Piamonte? No lo sé, solo puedo asegurar á V. que en el palacio del Quirinal se están haciendo grandes preparativos para recibir al *ilustre huésped*. A la severidad con que estaba adornada aquella morada, ha sucedido el lujo mas refinado. Los salones han sido alhajados á la moderna, y la sala del Cónclave se ha convertido en un elegante salón de guardias.

El lugarteniente y la junta municipal despilfarran el dinero, mientras los empleados adictos al sumo pontífice no reciben paga ninguna á pesar de las reclamaciones que todos los dias están haciendo. El gobierno ha declarado que no les pagará las cantidades que les está adeudando si antes no prestan los espresados empleados el juramento de fidelidad al rey del Piamonte. Así se lo manifestó el gobernador Giacomelli á una comision que fué á hablarle de este asunto. «Es que los empleados no prestarán jamás este juramento que les degrada,» dijo uno de los circunstantes. «Mejor, repuso el gobernador, así morirán de hambre».

Del mismo punto on fecha del 8 escribe un apreciable jóven mallorquin á su familia:

«Por aquí de cada dia los desengaños á mas y las ilusiones á menos. La libertad justa y legal de que gozaban los romanos se ha convertido en odiosa tiranía. Se exigen las contribuciones de tres años segun el régimen de Italia, como si Roma hubiera sido ya tomada en 1867. No se conocian quintas hasta ahora, y hoy los jóvenes nacidos en 1850 son llamados al servicio de las armas por once años, ó deben pagar por su redencion quinientos duros, quedando aun de reserva. Ha cesado en los grandes hoteles la afluencia de opulentos extranjeros, y en cambio invaden las calles titiriteros y saltimbanquis. Los empleados romanos han sido despedidos y reemplazados por forasteros. Los asesinatos se multiplican á la luz del sol, los robos son continuos, el comercio está parado, la miseria asoma por todas partes. Y aun así los españoles somos objeto de burla y escarnio en esa, puesto que hemos tenido necesidad de un rey italiano, lo cual ocasiona frecuentes reyertas.

«Ayer 7 por la noche hubo gran iluminacion en honor de la Purísima Concepcion á pesar de los italianismos, y para esta noche se prepara otra menos brillante. Las manifestaciones á favor del papa no cesan. La bula, que declara protector universal de la Iglesia al patriarca S. José, ha producido en los fieles un júbilo indecible.»

Segun vemos en otra carta del 10, el dia de la Inmaculada Concepcion, tuvo lugar en Roma un silencioso pero elocuente plebiscito á favor del padre santo. La prensa cató-

lica invitó á los romanos afectos á la causa del pontífice á concurrir á las segundas vísperas de la basílica Vaticana y á iluminar sus casas por la noche; y la manifestacion sobrepuso á las esperanzas de los mas optimistas. A pesar del secuestro de los periódicos y de las amenazas de los italianísimos, la concurrencia á la basílica fué inmensa, solo comparable con la que se vé en la Pascua de Resurreccion ó á la que asistió en 1867 al centenario de S. Pedro. Figuraba la nobleza con sus elegantes trenes, señores, artistas, todas las clases de la sociedad; las señoras vestían de luto. El templo y la plaza de San Pedro rebosaban de gente, cuando una turba compuesta en su mayor parte de judíos y de forasteros entró por la contigua plaza de Rusticucci armada de garrotes y revolvers, insultando y amenazando. Con solo los paraguas los rechazaron los acometidos, y todo hubiera acabado si la chusma en su precipitada fuga no hubiese disparado los revolvers, de que resultaron heridos algunos señores y un redactor del *Osservatore Romano*; con lo cual irritados los leales persiguieron furiosamente á los agresores, y los habrían esterminado sin la tropa que acudió á restablecer el orden. Redoblado así el entusiasmo, por la noche los pontificios iluminaron con profusion sus ventanas, no faltando quien estuvo tras ellas toda la noche para responder á tiros á las piedras que se arrojaban contra las luces; y con este temor saludable y con la terrible leccion de la tarde anterior, no hubo quien osase arrojar la primera piedra. Mas de las cuatro quintas partes del caserío estaban iluminadas, y á fé que bien espontaneamente.

El 10 los revolucionarios quisieron vengarse de su derrota, y reunidos en bandos empezaron á maltratar á los ciudadanos fieles, hiriendo á algunos, y apedrearon las ventanas del Casino católico donde hallaron resistencia, originándose de aquí un nuevo conflicto.

Otra carta del 12 añade:

«Ayer estalló en la universidad un serio tumulto promovido por los estudiantes *liberales* que han venido á las manos con aquellos de sus compañeros que no se avergüenzan de llamarse católicos. El lance prometía ser gravísimo; pero afortunadamente intervinieron el rector y los catedráticos y lograron apaciguar el alboroto.

Esta tarde se han reunido otros grupos en la plaza del Vaticano, y una turba de chiquillos se ha entretenido en tirar pedradas á una imágen de una Virgen que sobre una columna está situada en la esquina de la calle del Corso. Lleno de indignacion refiero á Vd. este horrible detalle, que prueba hasta que punto el desenfreno y la anarquía reinan en Roma.

Cerrada ya esa carta, me acaban de decir que en la plaza del Vaticano se están formando grupos y que algunos hombres vociferan vivas á la revolucion y muera á Pio IX y á la Iglesia.»

Hé aquí el decreto pontificio declarando patron de la Iglesia católica á S. José:

«Así como Dios constituyó prepósito en la tierra de Egipto á José, hijo del patriarca Jacob, para que guardase las mieses al pueblo, así cuando llegó la plenitud de los tiempos en que habia de mandar á la tierra á su Hijo Unigénito, Salvador del mundo, eligió á otro José, del cual el primero habia sido tipo, y le hizo príncipe y señor de su casa y de su posesion y guardador de sus mas preciosos tesoros. Así tuvo por esposa á la inmaculada virgen María, de la cual, por obra del Espíritu Santo, nació nuestro señor Jesucristo, que se dignó parecer entre los hombres como hijo de José y al cual estuvo sujeto. Y á aquel á quien tantos reyes y profetas habian anhelado ver, este José no solo le vió, sino que conversó con él y con paternal afecto le estrechaba entre sus brazos y le besaba, alimentando tambien con gran cuidado á aquel á quien el pueblo fiel debia recibir como pan descendido del cielo, para conseguir la vida eterna.

Por esta sublime dignidad que el Señor concedió á este su siervo fidelísimo, despues de la Virgen madre de Dios, el beatísimo José su esposo siempre fué venerado por la Iglesia con gran honor y alabanza, é implorado por ella en sus necesidades. Y en estos tristes tiempos que corren, en

que la Iglesia está oprimida en todas partes por sus enemigos y abrumada por graves calamidades, hasta el punto de que algunos impíos piensan neciamente que por fin las puertas del infierno han prevalecido contra ella, los venerables obispos de todo el orbe católico han dirigido al sumo pontífice sus humildes súplicas y las de todos los fieles puestos á su cuidado, para que se dignara declarar á S. José protector de la Iglesia católica.

Estas mismas súplicas se repitieron con mayor premura en tiempo del sacrosanto concilio Vaticano, y nuestro santísimo señor el papa Pio IX, conmovido por la recientísima y triste condicion de los hechos, quiere coronar estos votos, poniéndose él y todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del santo patriarca José, y por lo tanto le ha declarado solemnemente PATRON DE LA IGLESIA CATÓLICA, decretando que su fiesta, el dia 19 de marzo, se celebre con rito doble de primera clase, pero sin octava por razon de la cuaresma. Ha dispuesto además que esta su declaracion, con el presente decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos, se hagan públicos en este dia dedicado á la inmaculada Virgen Madre de Dios y esposa del castísimo José. Sin que nada obste en contrario.

Dia 7 de diciembre de 1870.

C. obispo de Ostia y Velletri cardenal Patrizi.

El *Propagador Católico*, periódico de Nueva-Orleans (Estados-Unidos de América), da cuenta de una gran reunion celebrada en aquella ciudad para protestar contra la sacrilega usurpacion de los estados de la Iglesia. El señor Bermudez [presidente pronunció un discurso en francés; y el juez Theard leyó en inglés y tradujo al francés la protesta preparada por el comité central, la cual fué adoptada por unanimidad por todos los concurrentes, que empezaron en el acto á firmarla.

Por la multitud de personas que deseaban tomar parte en este acto de adhesion al romano pontífice, se dieron doce dias de plazo para recoger las firmas.

No solo en Dublin, sino tambien en otras muchas poblaciones de Inglaterra é Irlanda, especialmente en Kilkenny, Galway y Belfast, se han celebrado grandes reuniones en favor de la santa sede.

El *meeting* de Kilkenny fué notabilísimo. Se verificó el 27 de Noviembre, y la concurrencia era inmensa. Todas las clases de la sociedad estaban representadas. Los vastos salones del palacio de Justicia (*Court house*) donde la reunion se celebraba, eran muy estrechos para contener á tanta gente. El público empezó á pedir á voces un *meeting* al aire libre, y á pesar del frio fué necesario acceder á esta peticion.

El *meeting* se celebró en la plaza del palacio, desde cuyos balcones dirigian los oradores la palabra á las 7,000 personas en ella apiñadas. Presidia desde un balcon el Sr. Bryan miembro del parlamento, teniendo á su lado á varios eclesiásticos y personajes distinguidos.

En la reunion se tomaron varias resoluciones, condenando con los términos mas severos la sacrilega invasion de Roma y la hipócrita y pérfida conducta del gobierno de Florencia, y pidiendo la libertad del romano pontífice. «Estas resoluciones, dice el periódico inglés que da estas noticias, desarrolladas por varios oradores, fueron saludadas con aclamaciones formidables y prolongadas, como sabe provocarlas la elocuencia del gran O'Connell.»

El *meeting* de Belfast se celebró en la iglesia de Santa María, bajo la presidencia del señor obispo de Down y Connor. La asistencia fué numerosísima: todos los pueblos cercanos habian enviado comisiones presididas por el clero.

Otro tanto sucedió en el *meeting* de Galway, convocado y presidido por el obispo de la diócesis. En ambos se tomaron enérgicas resoluciones y se enviaron mensajes al gobierno para que vuelva por los derechos del papa.

Al decir del *Tablet*, la agitacion cunde por toda Irlanda.